

El pecado

Simón José Aristhy



Capítulo 1

El pecado

Mi nombre es Simón José y vengo a contar mi vida con tonos que ni yo puedo tocar, con sonidos que me cuesta escuchar y con vibras que retumban en mi piel, he de contar en el siguiente escrito la cúspide de mi vida y el decrecimiento de esta y haré públicos los pecados que me han costado sangre en brazo y madrugadas sin café.

De pequeño soñaba con ser aquellas cosas que hoy nunca he sido, fracaso tras fracaso me hacían pensar que todo era imposible para mí, que no solo se necesitaba esfuerzo si no algo más, algo que aún no tenía, obtenía cosas que no deseaba y perdía las cosas que quería, mi sueño era irrevocablemente inalcanzable y lo miraba a las sombras de los angostos callejones de la ciudad, oscuro por las siluetas de los grandes rascacielos que noche tras noche iluminaban el paisaje urbano repleto de concreto y sangre, vivía...

Solo en una ciudad que no conocía rodeado de personas más frías que el mismo asfalto en la noche bajo luna, llegue a un punto en el que ya no esperaba nada de mí, me levantaba por instinto y respiraba por necesidad, sin elección alguna estaba condenado a vivir una vida que no quería vivir, una vida que pesaba.

Escribir apaciguaba aquellos demonios que ni siquiera un psiquiatra podía callar en mí, una mente visionaria había sido destruida por sus propios pensamientos una tragedia griega que sería escrita en versos y leída en prosa, como aquel hombre que señaló tan alto y callo tan bajo, aquel hombre que antes alzaba la cabeza con orgullo hoy la baja son una sonrisa falsa y una mirada siniestra, aquel hombre que una vez voló, hoy se arrastra.

No tenía que llamarme Icaro para conocer su mismo idilio, encontrándome en una situación donde no podía volar tan alto pues el sol derretiría mis alas de cera, pero tampoco tan bajo pues el reflejo del sol en el mar me impediría volar, volé más alto de lo que podía y caí, ese día falleció la última luz de humanidad en mi, aquella luz que ayer parecía distante hoy ya no estaba y mis sueños se apagaron con ella, todos los días eran oscuros y todas las conversaciones normales, ninguna emoción me perturbaba la mente, ninguna conversación me interesaba, ninguna emoción me sorprendía, ningún pensamiento me cautivaba y ningún cuerpo me satisfacía, era un alma vacía contenida y condenada en un recipiente llamado cuerpo, en otras palabras estaba muerto en vida.

Desconfiado por naturaleza y traicionado de nacimiento me forje en una familia donde mi mamá hacía el papel de padre a su vez, algo difícil de

entender cuando se es pequeño pero que se fue volviendo normal con el paso de los años, tragedias en la infancia y trasnochos donde sólo ella podía lidiar conmigo, noches donde nos costaba conciliar el sueño y almuerzos donde solo yo podía aplacar el hambre, una vida complicada destinada al reniego y la traición, mi madre mentía, esa sonrisa falsa de que todo estaría bien, engañaba, esa voz cálida que percibía mientras me arrullaba en la noche ocultaba secretos, y aquellos ojos que se iluminaban como velas en la noche al verme, lloraban.

Era una mujer misteriosa con una ética y un carácter que la humanidad envidiaría, era un patrimonio inmaterial de la humanidad que aún no reconocían, daba lo que no tenía sin remordimiento y pena, con una sonrisa amable y acogedora, sufría necesidades por su propio hijo y aun así estaba destinada a ayudar a las demás personas, brindando aquello de lo que carecía y armando rompecabezas que ni siquiera ella misma podía resolver, un alma cálida destinada a descansar en la mejor parte de los cielos seguramente.

Yo era la sombra de mis dos padres, las personas planteaban un futuro para mí que realmente no encajaba conmigo, un ingeniero reconocido como mi papá o un educador reconocido como mi mamá, yo era tan opuesto a ambos pero tan igual a su manera, la humanidad de mi madre y el carácter y los ojos de mi padre, reemplazando números por letras y enseñanzas por historias, que plasmaba silenciosamente en papel y que regresaban momentos de mi vida, o alusiones de esta, un paquete de cigarrillos por cada capítulo escrito eran indicios de un suicidio lento y hábitos destructivos, como la escritura por ejemplo, un arte tan menospreciado en la historia de la humanidad es hoy el arte más sincero de expresión como aquellas letras empuñadas en tinta seguida llamadas cursiva, letra extinta pero elegante como el idilio de los pecados que estos abarcan o recuerdan, sentimientos heridos en letras y viveza en puño, hojas blancas esperando historias y cigarrillos con muchas tazas de café, no era rico, pero tampoco pobre, era feliz, hacía lo que me apasionaba y me bastaba.

-Simón J Aristy